

EL POR QUE DE «EL CAP DE MORO» EN LOS ÓRGANOS

A los hermanos Vilarrubia, de Torrellebreta



Seguramente esta pregunta se la habrán hecho muchos al contemplar con satisfacción la talla del «Cap de Moro» que decora la fachada de muchos y magníficos órganos.

No es un motivo ornamental elegido sin ton ni son, sino que es una cosa tradicional rematar los órganos en su parte inferior con una cabeza de moro. Recordamos en estos momentos las de la Catedral de Barcelona, Santa María del Mar, Santos Justo y Pastor, Santa María del Pino y la de la capilla del antiguo palacio real en Barcelona; la de la Basílica de Santa María de Vilafranca del Panadés, cuyo clisé publicamos en el presente artículo. También las hubo en la parroquia de la Piedad de Vich, Manresa, Arenys de Mar y Mataró.

El significado es demostrar la victoria del cristianismo sobre el Islam después del gran triunfo de las armas cristianas contra las mahometanas que desde tanto tiempo perturbaban y amenazaban la paz de los pueblos europeos; dominio que decidió la batalla naval de Lepanto, de tanta trascendencia histórica.

Al ardor del entusiasmo nacido a raíz de aquel triunfo se organizaron diferentes manifestaciones populares que patentizaban el odio y la antipatía hacia la Media Luna de manera vengativa y humillante para ésta. Una de ellas fué añadir las «carasses» que nos ocupan al maderamen que constituye la caja de los órganos que embellecen las grandes iglesias, esos magnos instrumentos de polifonía celestial y de armonías angelicales.

Posteriormente las «carasses» respondían a un fin práctico. En efecto, durante las excepcionales expansiones de las misas pastoriles de Nochebuena, en las que regían las llamadas «llibertats d'orgue», por efecto de las cuales los maestros organeros disfrutaban de licencia para dejar sentir cuantos aires melódicos fueran de su gusto, por medio de una contra especial hacían roncar y gruñir la cabezota del moro que abría y cerraba ojos y boca desmesuradamente y que con la ayuda de un registro se balanceaba ligeramente a la par que por la boca dejaba caer confites, avellanas y otras golosinas que la chiquillería se atropellaba para recoger, apiñada y precipitadamente, con muestras de gran júbilo y con una gritería nada armónica con la santidad del templo. Se hacía creer a los pequeños que el moro roncaba y rugía de coraje por el nacimiento del Niño Dios, aunque, no obstante, quería aprovecharse del festín de celebración del nacimiento y tragaba los confites a borbotones y tan golosamente que le caían en abundancia por la boca, pues que no podía engullirlos.

La, digamos, actuación de las «caraseses», no se limitaba a la víspera de Nochebuena y duraba todo el tiempo comprendido entre las Navidades y el día de Reyes que era mientras regían las referidas «llibertats d'orgue».

Y aquí termina esta nota curiosa de la «carassa» graciosa que pende de la parte exterior del marco que encuadra nuestros grandes órganos.

JOSÉ MAIDEU AUGUET, pbro.
organista de Vilafranca del Panadés